

La nación, entre la deconstrucción y la anestesia

*El caso europeo***

Resumen

Este trabajo reflexiona sobre la situación y probable evolución de la nación en el contexto europeo. La nación se encuentra actualmente sujeta a dos tendencias: *a)* la *deconstrucción*, es decir, el desmantelamiento de la forma nacional; *b)* la *anestesia*, esto es, el supuesto olvido de los contenidos nacionales. Esta deconstrucción, acompañada de anestesia, es a la vez una reacción frente a los desastres históricos europeos y el resultado del proceso de conformación de la Unión Europea. Por otra parte, la emergencia del fenómeno supranacional europeo aparece también como una respuesta a los retos planteados por un capitalismo global. No obstante, es un hecho la vitalidad del nacionalismo en el mundo actual por lo cual, para el caso europeo, se propone un modelo de integración más cercano al de la confederación suiza que al modelo federativo norteamericano.

Palabras clave: Nación, Europa, modelo de integración, Unión Europea, posnacional.

Abstract

This work reflects on the situation and probable evolution of the nation in the European context. Nowadays, the nation is between two tendencies: *a)* a tendency to *deconstruction*, meaning the dismantling of the national form; *b)* a tendency to *anesthesia*, that is to say, to a supposed forgetfulness of the national contents. This deconstruction accompanied by anesthesia is at the same time a reaction to European historical disasters and a result of the European Union setting up process. On the other hand, the emergency of European supranational phenomenon appears to be a response to challenges raised by global capitalism. Nevertheless, the vitality of nationalism at present day is a matter of fact. Consequently, it is proposed, for the European case, an integration model closest to the one of Swiss confederation rather than that of North American federation.

Keywords: Nation, Europe, integration model, European Union, post-national.

5

En Europa la idea de nación, tanto en la práctica como en la teoría, se encuentra actualmente entre la deconstrucción y la anestesia. La deconstrucción es la vertiente intelectual de esta tendencia; la anestesia es su vertiente política. No nos pronunciamos aquí sobre su necesidad. Tampoco nos declaramos en su favor o

* Director de Investigación en el Instituto Nacional de Ciencias Políticas (Sciences Po) y miembro del Comité Científico: *Ciencias y Ciudadanos*, del Centro Nacional de la Investigación Científica (CNRS) en París, Francia. gil.delannoi@sciences_po.fr

** Artículo publicado originalmente en francés bajo el título: “La nation entre la déconstruction et l’anesthésie”, en *Controverses*, núm. 3, octubre de 2006, pp.14-26. Traducido por José Luis Solís González.

en su contra. Lo que nos interesa son sus condiciones, sus orígenes, sus formas, sus efectos. ¿Hasta qué punto dicha tendencia debe llegar? ¿Es necesario limitarla? Partimos del principio de que el nacionalismo es un mal. La nación al contrario, como otras formas políticas, no es ni un bien ni un mal en sí; ello depende del uso que se haga de la misma. Ésta es la razón por la cual es necesario sopesar los elementos de los cuales disponemos.

Hacer un pronóstico frío es difícil. Dejamos de lado la mayoría de los aspectos benéficos o inquietantes del fenómeno posnacional. Antes bien, nos interrogamos sobre sus probabilidades de éxito y sus riesgos de fracaso. Una parte del objetivo del fenómeno posnacional ha sido ya alcanzado en Europa. Después de los desastres históricos europeos, la voluntad de superarlos ha sido reforzada por la fuerza trágica de las cosas. Esta voluntad, entre 1945 y 1989, fue pacífica entre naciones beligerantes y exhaustas, pero armada frente a la militarización a ultranza del vecino soviético. ¿Hasta dónde llegará el movimiento lanzado entonces? ¿En qué condiciones podrá ser logrado o interrumpido?

Podemos comenzar por cuestionarnos sobre el carácter irreversible de esta tendencia. No es descabellado pensar que dicha deconstrucción, acompañada de anestesia, podría ser vana a largo plazo, dado que el nacionalismo permanece actualmente en el mundo como un resorte político tan poderoso como la democracia, si no es que más. Sin embargo, independientemente de lo que venga, el fenómeno posnacional habrá marcado al Occidente, particularmente a Europa.

6

Deseamos primeramente examinar un género intelectual que se presta a lo posnacional: la deconstrucción y el relativismo. Pero no es el único; existen otros géneros de lo posnacional más políticos, más ideológicos en el sentido corriente, a veces democráticos o religiosos. Tal vez más difundidos dado el caso. Sin embargo, el fenómeno posnacional europeo se inscribe en un contexto intelectual de deconstrucción relativizante que debe, en tanto que tal, retener nuestra atención. La deconstrucción es un fenómeno a la vez científico e ideológico. Después de todo, no estaba escrito que lo posnacional debía ser también *posmoderno*. ¿Qué es lo que ha reunido estos dos fenómenos? ¿Y por qué en Europa prioritariamente? Abordaremos primero la deconstrucción; en seguida trataremos el problema de la anestesia.

LA DECONSTRUCCIÓN

La deconstrucción, tal como la observamos y la resumimos, no pertenece al dominio clásico de la crítica. Asociamos la *crítica* a un juicio relativo a principios y resultados. La actitud crítica desconfía del énfasis y de la exageración, aun cuando pueda caer a veces en ella. Se fundamenta en principios nuevos; es esceptica, observadora, pudiendo llegar hasta la desconfianza.

La deconstrucción pasa de la desconfianza a la sospecha. Insiste sobre el carácter artificial de todas las construcciones humanas, sobre su violencia originaria. A menudo no critica para corregir o reemplazar, sino que deslegitima.

Aprehendemos así, por comparación, la diferencia entre el *espíritu crítico*—que se apoya sobre un principio para criticar algún otro o criticar una práctica— y el *espíritu de crítica* que tiende a la denigración generalizada. Ésta se detiene, sin embargo, ante la denigración del denigrador. Por lo demás, cuando esta modestia inesperada surge de improviso, no elimina las aporías teóricas del procedimiento. Despreciarse a sí mismo no impide despreciar al mundo entero; todo lo contrario.

Ejemplo de espíritu crítico: utilizar el modelo de la democracia ateniense para criticar las democracias modernas. Ello es a veces juicioso, a veces obtuso, pero tiene que ver con la crítica. Otro ejemplo: utilizar la noción de social-democracia para criticar al capitalismo financiero. El espíritu de crítica, al contrario, encuentra siempre materia de sospecha: la última palabra de la antigua democracia es el esclavismo, por así decirlo. Como si todos los regímenes políticos no hubieran practicado el esclavismo en esa época, y los regímenes democráticos más bien menos que los otros, o no tan severamente.

El escepticismo clásico era y continúa siendo la punta de lanza teórica del espíritu crítico: sitúa la exigencia de veracidad por encima de la necesidad de certidumbre. Él conduce a discutir, escrutar, matizar y retomar sin descanso la crítica. Un escepticismo posmoderno que ha disuelto la noción de verdad, en el fondo se sitúa en oposición a este estado de espíritu. Por ello, engendra el relativismo más que la relatividad, y el desequilibrio más que la pluralidad. Porque, finalmente, ¿cómo enfrentar el dogmatismo sin hacer uso de la noción de

veracidad? La vulgata posmoderna no proporciona la respuesta. ¿Le faltan los medios para hacerlo? ¿No tiene interés en esta cuestión?

La moda intelectual de un relativismo deconstructor merece alguna atención crítica. No es que se trate de negar lo relativo, ni las diferencias, sino justamente de conocerlas en tanto que relación, buscar la manera de acceder a ellas, y no de levantar compartimentos estancos entre los seres humanos, los principios y los discursos.

Dice Lévi-Strauss que bárbaro es aquel que cree que existen los bárbaros. La consecuencia de este profundo aforismo no es sin embargo relativista, como lo deja entrever Lévi-Strauss en ciertas páginas de su obra. Es necesario agregar solamente que el juicio comparativo no se vuelve siempre a favor de Occidente ni contra él. En cuanto a la posibilidad de comparar, al menos para las sociedades históricas, las cuestiones comunes del bien y del mal, del orden y del desorden, del poder y de la disidencia, de la tradición y de la innovación, ellas siempre se reencuentran aun cuando las respuestas divergen grandemente; no es imposible encontrar en este universo mental algunas bases más invariantes que variables: por ejemplo, que la sociedad no puede descansar sobre la duplicidad constante y el engaño, que la lealtad y la palabra empeñada tienen un valor, que la opresión sobre los débiles subleva siempre a una parte de la sociedad, que la exigencia heurística de veracidad no puede sacrificarse a todas las necesidades colectivas de certidumbre, que la dignidad humana no asume más que un número limitado de formas, lo mismo que la indignidad.

8

En breve, si el bárbaro es intolerante y estúpido parece que, de manera paralela, la segmentación proclamada de todo con todo, llevada hasta el relativismo y la puesta en equivalencia de todas las cosas, representa una forma, sin duda más sutil, de barbarie. Puede afirmarse con justeza que creer que uno es el único civilizado, es ser también bárbaro. ¿Pero cómo calificar la creencia de que todo hecho es civilizatorio y que ninguna jerarquía es posible, sin ningún matiz? El relativismo no es tal vez bárbaro en el sentido original del término, pero siendo acrítico, casi afásico, tiene como límite terrible el mismo círculo autodestructor que el escepticismo: el relativismo absoluto se contradice a sí mismo. Por otra parte, los relativistas vivientes, concretamente, me han parecido a menudo me-

nos netamente categóricos en acto que en sus palabras. Es fácil observar este indicador práctico de debilidad teórica. Constituye incluso una manera de militar sin decirlo. Bajo el espeso edredón de sospechas se ocultan algunas afirmaciones que podrían calificarse de ideológicas. Pero cuando se sospecha, se tiende a no valorar al adversario designado, aun cuando todo debería equivaler. Porque ¿puede uno preferir el “buen” relativismo al resto de opciones? ¿Puede defenderse la intolerancia manifiesta en nombre de una tolerancia de principio? Viejo círculo que rueda todavía muy bien. El relativismo puede ocultar algunos valores implícitos y, más aún, puede ocultar la sumisión a los poderes del momento. Este ejemplo de sumisión no constituye una novedad intelectual: sobre este punto, numerosos posmodernos parecen permanecer bastante modernos, tan fascinados como sus precursores por la brutalidad y la idiotez.

¿Qué es eso del posmodernismo? ¿Un cliché publicitario para intelectuales sin imaginación? En todo caso, es el signo de una ausencia. O bien representa un alivio, un entretenerse en algo. Más probablemente es una parodia, una diversión, el resultado de un proceso de deconstrucción. Ahora bien, ¿el resultado es aleatorio u orientado por una ideología?

Precisemos: lo que proponemos es un arquetipo mínimo y un arquetipo de época. Es por ello que no daremos nombres y casi no citaremos a personas o publicaciones. Todo autor, toda obra, pueden ser medidos a partir de un arquetipo como el que proponemos aquí. Es la dosis la que varía, y no una pertenencia de todo o nada a lo *posmoderno*. Nosotros mismos nos incluimos, en cierta medida, en esa lista. Perteneciendo evidentemente a nuestro tiempo, tomamos de grado o por fuerza algunas características de nuestra época, llegando a practicar análisis deconstruccionistas y posnacionales. Y lo hacemos con toda lucidez, sin contradicción. Sin embargo, dos cosas suscitan nuestra interrogación crítica: ¿por qué empleamos esas denominaciones negativas o nulas, con los prefijos “de” y “post”? ¿Por qué esa incapacidad para darle nombre a una nueva forma de análisis? Esas palabras, que descansan sobre la negación y lo posterior, son aún más inadecuadas para designar una nueva época que lo que era el término *Edad Media* para referirse a la época intermedia entre el mundo moderno y la antigüedad. ¿Y por qué el énfasis y la exageración? ¿Por qué dicho proceso termina por

considerarse a sí mismo como finalidad y no como un medio crítico entre otros?

Nos interesamos aquí en varios “posts”. Hagamos el recorrido de los diferentes lados del rectángulo. Después del capitalismo vendría el poscapitalismo. Después de la religión vendría el fenómeno posreligioso. Después de lo nacional vendría lo posnacional. Pero ¿qué viene después de la democracia? ¿Estamos en presencia de un cajón vacío o qué? La posdemocracia no ha sido anunciada.

¿O qué nos depara el futuro? ¿Aún y siempre más democracia? Creemos entenderlo en algunos momentos. En otros, entendemos más bien que la democracia es un señuelo infinito. La elección permanece entonces abierta, pero casi no se conjuga con lo “post”. La sola hipótesis que permanece es la de la *gobernanza* como sustituto del gobierno, forma que se supone en vías de obsolescencia. La cuestión de más o menos democracia parece bastante secundaria. Si la cortina de humo de la gobernanza es bien visible, no se sabe exactamente lo que ella oculta. La cuestión ameritaría un largo análisis. A propósito del tema que nos ocupa, admitamos que la gobernanza tiene, en casi todos los casos, un carácter posnacional.

10 Entre estas cuatro instancias evocadas arriba, identifiquemos los dinamismos y los antagonismos posmodernos. El antagonismo entre la democracia y la religión puede ser fuerte pero permanece en un nivel local. El que hay entre el capitalismo y la nación es mundial y de intensidad media. El mercado mundial muy probablemente debilita las naciones; no obstante, no las borra del mapa. Entre nación y democracia, el esquema moderno establecía una convergencia. El esquema posmoderno la reemplaza por una contradicción de principio y de hecho. Todo Estado, todo país está en nuestros días sometido a las fuerzas divergentes del capitalismo, de la democracia y de la nación, incluso a aquellas derivadas de factores religiosos locales. ¿Habría una nueva mundialización en marcha bajo una forma integrista?

Nos limitaremos aquí al caso europeo: ¿un incremento de dinamismo económico, de tolerancia religiosa y de democratización está correlacionado con menos nación? ¿El análisis está justificado? ¿Existen causas identificables?

LA ANESTESIA

Denominamos *anestesia* a un fenómeno político, económico y cultural. Como toda anestesia, ésta es local y general. La anestesia local es europea, vinculada a la historia reciente y al proceso de unificación europeo. La anestesia general es mundial en un sentido económico y cultural, pero mucho menos en un sentido político. Nos concentraremos sobre el aspecto local y europeo.

La nación, recordémoslo incesantemente, es la entidad más flexible de las entidades en presencia (democracia, economía, religión). Tomamos en cuenta casi todos los contenidos posibles y contradictorios, lo cual representa una de las fuentes de vitalidad, de continuidad y de regeneración de la forma-nación. La forma orgánica, comunitaria, fraternal, presente en toda nación, absorbe en su fusión identitaria los contenidos más diversos; diversidad que se marca entre una nación y las otras e, incluso, en una cierta medida en el seno de una misma nación.

Dejemos de lado este infinito de contenidos y concentrémonos sobre la distinción formal de varios tipos de éstos: entonces, debemos precisar de cuál nación se trata, de cuál dimensión de la nación hablamos. ¿Se trata de su dimensión política, cultural, étnica? La distinción es importante. Una nación cultural no desaparece tan fácilmente como aquella bajo el efecto de una deconstrucción intelectual o de un cambio político. Esta dimensión cultural continúa presente en las naciones políticas, por ejemplo en Suiza, entre germánicos y románicos, aun cuando los niveles de decisión política le son superiores o inferiores en tamaño (federales o cantonales). En Quebec también existe entre canadienses anglófonos y francófonos. En cuanto a la nación étnica, cuando ella desaparece, es en función de las tendencias de largo plazo de la demografía. Un proceso de este tipo escapa en parte a los juicios sumarios de la ideología. Estas tres dimensiones, nos permitimos recordarlo, están ligadas, confundidas en parte, indisolubles, pero diferentes dado que son ponderadas de manera muy distinta según las diversas situaciones. Se puede sobrepolitizar una etnia, o etnicizar una política, incluso lanzarse en un *Kulturkampf*...

En nuestros días es sobre todo la nación política, la nación en su dimensión política, la que es el objeto de una deconstrucción intelectual: tratemos de enten-

der las razones, los argumentos, las proyecciones involucradas. En la práctica, la deconstrucción conduce a una anestesia. Sin embargo, es demasiado fácil creer en esta supresión por anestesia; en este parto posnacional indoloro. Esta apuesta es peligrosa. La nación política moderna, después de haber sido, para lo mejor y para lo peor, la cuna de la democracia moderna, nos hace dudar que pueda desaparecer bajo una simple anestesia, sin que una reconstrucción democrática de gran alcance la justifique y la reafirme.

Pero veamos lo que reemplazaría el esquema moderno dentro de esta nueva óptica ideológica. A la nación étnica, dado el peligro representado por el racismo y la xenofobia, sería necesario sustituirla por el mestizaje. A la nación cultural debería sustituirla el multiculturalismo. La nación política sería fatalmente borrada del mapa por el temor moral al nacionalismo, por necesidad económica de globalización, por compensación demográfica del envejecimiento de las poblaciones ricas. Esta fatalidad debe entonces conducir al surgimiento de otras entidades, pero ello no implica el renacimiento del imperio ni de la ciudad-Estado. Consecuentemente, lo que parece florecer, en tanto que superación por lo menos paradójica, es la fragmentación. Esta tendencia está proliferando en el mundo, dado que el número de Estados-nación no cesa de multiplicarse de década en década. En Europa, este mismo movimiento ha provocado la aparición de autonomías regionales en su occidente y de nuevas naciones políticas en el este. Esta fragmentación complace a aquellos que desean debilitar los Estados-nación en presencia, pero no está exenta de amenazas nacionalistas a pequeña escala. Entonces, aparte de la fragmentación no existe de hecho más que otra hipótesis, que es la de la aglutinación confederativa, siguiendo el ejemplo insigne y vasto de la Unión Europea. Sin embargo, actualmente esta espléndida experiencia también sufre de aislamiento.

12

REGRESO A LAS FUENTES: UNA IRONÍA DE LA HISTORIA

No nos dejemos abrumar por estas dudas. Para superarlas, es necesario remontarnos a la fuente histórica principal. Es necesario rehacer el camino histórico y mental que ha conducido al diagnóstico posmoderno, actualmente tan

difundido. Rehaciendo ese camino, podemos encontrar las causas, funciones o condiciones favorables a este proceso: históricas, políticas, económicas, ideológicas y morales.

El fondo del problema reside en la gigantesca ironía histórica que ha repercutido de manera casi sarcástica al inicio del siglo XX. En el momento en que, en efecto, los imperios se derrumbaban y que los grandes Estados-nación modernos, civilizados e imperiales, los más antiguos y los más poderosos se reforzaban –Francia e Inglaterra en primer término, pero también la naciente Alemania y el despertar del Japón–, en que la forma imperial plurinacional se agotaba enfrente de ellos, y que su democratización parecía irreversible; en ese mismo momento una guerra fratricida –o, si se prefiere, de proximidad– les hizo enfrentarse mortalmente unos contra otros. Victoria pírrica para los vencedores, derrota moral para todos: la Primera Guerra Mundial hace emerger la autodestrucción en el seno de la civilización supuestamente superior. En los albores del siglo XX, en el momento mismo en que la forma nacional se afirma definitivamente después de más de un siglo de desarrollo, en el momento mismo que dicha forma liquida los imperios en los cuales los nacionalismos van a proliferar imitándola, se produce la explosión de lo nacional en su centro europeo y su diseminación en su periferia. El wilsonismo acentúa el nacionalismo deseando resolverlo. Las naciones más afectadas moral y materialmente son Francia y Alemania, y a través de ellas se afectaron también las grandes tendencias de la ideología europea en boga: la Ilustración y el Romanticismo. Estas tendencias sobrevivirán, pero no sin daños. La causa directa de la guerra fue una Alemania inacabada, ni suficientemente política ni suficientemente democrática. Pero las causas más importantes superan evidentemente este solo caso. Aun Inglaterra resulta debilitada como imperio, en beneficio de naciones lejanas que permanecían hasta entonces con un papel marginal: los Estados Unidos y el Japón. A ello es necesario añadir el fenómeno desconocido y prodigioso de un régimen soviético deseando hacer tabla rasa de los regímenes capitalistas. Rusia, país demasiado poco desarrollado para tener éxito en esta empresa, no tenía ninguna oportunidad si tomamos a Marx de manera literal. Sin embargo, el leninismo significó una propuesta teórica de recambio, que combinó hábilmente en su propaganda la exaltación patriótica

nacional y su superación internacionalista, pero no posnacional –matiz de importancia que es necesario subrayar.

Para la Europa de 1914, se puede hablar de un suicidio político y cultural equivalente a la guerra del Peloponeso en el mundo helénico. ¿Los Estados Unidos serán la nueva Roma de este *remake*? A pesar de algunas vacilaciones, lo han querido ser. De hecho, lo fueron durante la Guerra Fría. ¿Quieren serlo aún, lo pueden ser? Poco importa; el suicidio europeo no ha sido más que un semi-suicidio porque esta expresión extraña y vecina del absurdo conviene bastante bien en política. Hubo algo muerto en todo este proceso. La antigua confianza no regresará antes que pase mucho tiempo. Es necesario precisar: ¿suicidio lento pero irreversible? El futuro está entreabierto. Nos limitamos aquí a constatar los efectos diferidos, indigestos, las fermentaciones nihilistas de ese golpe funesto asestado a Europa por ella misma.

14 Sin embargo, si el nacionalismo no tuvo precedente, el chauvinismo –del soldado Chauvin, su epónimo– no era la prueba de una corrupción ineluctable de la idea de nación. Al menos porque Alemania era una nación política reciente, incierta y aún poco democrática. Francia e Inglaterra eran verdaderas democracias, no obstante inacabadas en muchos aspectos. Existe parcialidad al calificar la Primera Guerra Mundial como una guerra puramente nacionalista. Este conflicto fue también una guerra entre imperios declinantes y, sobre todo, el resultado a escala mundial de guerras imperialistas abiertas o larvadas, sostenidas a lo largo de varias décadas por naciones que tenían posesiones y ambiciones imperiales y coloniales; en breve, naciones más imperiales que democráticas. Ésa es la razón de la mundialización de la guerra. En una guerra estrictamente nacionalista, Francia habría sido el país agresor, a causa de Alsacia-Lorena, y el conflicto no se hubiera internacionalizado tan rápidamente. La dimensión nacional es evidente, pero la reducción de la causa de la guerra solamente a los nacionalismos es una simplificación. De hecho, si todos esos nacionalismos hubieran sido equivalentes, ¿entonces por qué intervinieron los Estados Unidos? Sin retomar palabra por palabra las tesis de Clemenceau, las cuales constituyen una apología de la coalición vencedora, no debemos tampoco descartarlas completamente. La concepción francesa, de acuerdo a su espíritu, tal vez permitía un arreglo pacifi-

co a través del sufragio universal de los alsacianos a principios de siglo, como fue después el caso de los habitantes de La Sarre algunas décadas más tarde. En lugar de una negociación viable y pacífica, fundada sobre la libertad democrática para elegir el destino de las personas, hubo una carnicería en nombre de un gran principio: la libertad, y de una gran realidad: la nación. Los efectos desastrosos fueron numerosos: crisis moral europea, duelo inconsolable, poblaciones diezmadas por la conscripción forzada, estética de la muerte.

La continuación de esta historia merece igualmente algunas interrogaciones. El segundo episodio de esta tragedia, el racismo alemán, fue comprendido en sus inicios como una ruptura. El totalitarismo hitleriano era inaudito, teniendo por único rival el régimen psicopatológico del “pequeño padre de los pueblos” (Stalin). En nuestros días, hemos insensiblemente invertido esta perspectiva; no se ve más que la continuidad entre las dos guerras. La nación lleva al nacionalismo, el cual lleva al racismo. La Primera Guerra Mundial fue desgermanizada; la segunda impregnada de racismo. El racismo nazi constituye sin duda un rasgo fascinante y fundamental. Sin embargo, nunca olvidemos que el mismo no fue percibido como el principal resorte del conflicto por sus contemporáneos, tanto agresores como víctimas. En la actualidad, si Inglaterra exhibe un nacionalismo más sereno, es debido a que ella no se comprometió con ese racismo. Las naciones continentales fueron desacralizadas: Alemania por Hitler, Italia por Mussolini, España por Franco y Francia por Vichy. Francia representa el caso más tangencial dado que fue a la vez vencida y vencedora, pero a la larga esta situación de claroscuro se ha prestado aún más a la sospecha. No hay naciones sin crímenes, pero el crimen no podría por sí mismo definir una nación con la finalidad de descalificarla: el hambre de los irlandeses controlada por Inglaterra, la exterminación “humanitaria” (la expresión es de Tocqueville) de los indígenas en Estados Unidos, etcétera.

¿Cuál fue una de las conclusiones políticas derivadas de estos acontecimientos? Se ha deseado que la superación de la nación se funde en el recuerdo de sus horrores. Esta ambición, tan vital como legítima, no debe sin embargo convertirse en una pasión simplificadora, ni en una receta milagrosa. Ningún método es absolutamente superior, mucho menos si está mal pensado, mal organizado.

Fundar la paz sobre el fin de los nacionalismos y bajo la amenaza soviética no es equivalente a intercambiar naciones imperfectamente democráticas por estructuras políticas nacionales aristocráticas. Y decimos “aristocráticas” con benevolencia, en el sentido antiguo. Los que se oponen a la unificación (europea) esgrimen algunos argumentos que los conducen a utilizar los términos “oligárquicos” o “tecnocráticos”.

EL INCIERTO FUTURO

Que ello guste o no, es necesario dimensionar los obstáculos que actualmente se oponen a la superación de la nación *política*. La dimensión cultural nacional ha sido un vínculo importante entre democracia liberal y nación política. No podemos simplemente abandonar este vínculo; es necesario buscar su reemplazo. Es suficiente, entre muchos otros problemas, mencionar hasta qué punto la utilización de un lenguaje común facilita la práctica de la democracia.

Además, la ideología posnacional parece contradictoria, en el pensamiento como en la práctica y entre sus mentores como entre sus adeptos. Parece, en efecto, que en la era de lo posnacional sobreviven nacionalismos tolerables y otros que lo son menos, que son insignificantes y despreciables. ¿Cómo explicar este fenómeno? La vulgata posnacional marca preferencias que son difíciles de justificar teóricamente. El nacionalismo de los débiles y de los pobres, causado por la descolonización y la fragmentación post-imperial, es aceptado como etapa necesaria o como un fin en sí mismo. Se le autoriza a fragmentar Estados-nación existentes. En contrapartida, el nacionalismo de los fuertes y de los ricos parece insoportable, a contracorriente, casi un insulto a la historia en curso. Para prueba, baste señalar la condescendencia hacia el autonomismo quebequense, sobre todo de parte de los franceses. Sin embargo, se creería que ciertos posmodernos habrían renunciado a todos los grandes discursos.

A partir de ahora, el *pueblo* está “en cuestión”. El militante posmoderno, cuando no ha roto completamente con la categoría moderna de pueblo, aún reconoce lo popular cuando la gente piensa como él, pero lo califica de populista si existen aspiraciones diferentes a las de él. Esta pasión ideológica es alimentada

por la propensión de ciertas ciencias sociales a utilizar la retórica de la acusación contra los grupos dominantes, y la retórica de la excusa a favor de los dominados. Un sociólogo nos dijo que el *no* francés al referéndum de la primavera de 2005, se explica por la xenofobia de los franceses y por la crisis en los suburbios de París durante ese otoño a causa del desempleo. Como si los argumentos económicos y culturales no fueran válidos en los dos casos. Como si la situación económica no hubiera igualmente pesado sobre la cuestión europea, y la situación cultural no hubiese influido sobre los disturbios de los barrios pobres de la periferia parisina.

En el fondo, ¿todo ello no sería más bien la manifestación superficial de los movimientos de fondo que se están dando en *la economía mundial*? Pero la mundialización del mercado comenzó de hecho hace largo tiempo. ¿Este fenómeno es verdaderamente posnacional, de manera inevitable? La globalización en tanto que mercado mundializado parecer ser, al contrario, un fenómeno explotado por ciertas naciones asiáticas. Por consiguiente, no es antagonica con sus estrategias económicas nacionales.

En contrapartida, en un proceso de globalización creciente el camino de la unificación europea se hace cada vez más sinuoso. Antes de 1940, según sus primeros artífices, la Unificación Europea avanzó en lo económico. Posteriormente, después de 1945, lo hizo como respuesta al aislamiento nacional. Y la razón económica persistió bajo el manto de la reconciliación, la cual se convirtió en su instrumento. La razón económica, según sus primeros fundadores, residía en evitar una segunda crisis de 1929 y de conjurar así la llegada del comunismo; por consiguiente, era necesario desarrollar un mercado apuntalado tanto por el Estado como por la competencia. La dimensión política y moral no deviene antirracista y posnacional más que a partir de 1945. ¿Acaso no es, a la época, una finalidad de más? Producir en común evitará los conflictos. Pero el mercado europeo, después de 1990, es el mismo desbordado por la globalización económica mundial. ¿Europa debe ser un bloque proteccionista perdedor o un actor mundializado continental y desregulador? Será un gigante económico durante un largo periodo, ¿pero lo será únicamente por su obesidad o también por su agilidad?

Nacional no siempre significa homogeneidad cultural. Vayamos más lejos: en su dimensión específica la nación cultural resiste las unificaciones políticas, eco-

nómicas, religiosas y de otra índole. En Europa el peso del fenómeno multilingüístico acentúa esta resistencia. Una sola nación política suiza federal abriga varias naciones culturales. Los entrecruzamientos son múltiples: identidades culturales cantonales, identidades políticas locales, religiones diversas, y todo ello después de algunos siglos de confederación.

Para la Unión Europea una evolución de acuerdo al modelo suizo es más creíble que otra que siga el modelo americano. Los Estados Unidos eran una colonia de poblamiento, convirtiéndose posteriormente en una nación de inmigrantes. En el momento de su formación, existían en los Estados Unidos dos naciones y media: una nación indígena (suprimida con “humanidad”), una nación europea fundadora predominantemente *WASP*⁴ y una semi-nación negra, privada de toda dimensión política y cultural; nación únicamente étnica y totalmente oprimida, que se creó lentamente una cultura particular, musical por ejemplo. Varios Estados fundadores y una sola nación dominante: evidentemente, ello no puede constituir un modelo viable para la Unión Europea.

18 ¿Cómo construir dicho modelo actualmente? Cómo pensar una construcción en proceso? Constatamos en numerosos discursos científicos la existencia de un principio que, por rechazo justificado del esencialismo cultural, comienza por el reconocimiento de la diferencia y termina por el establecimiento de un relativismo diferencialista. El primer paso es correcto, el segundo arriesgado. Los derechos del hombre son vistos, por ejemplo, como occidentales, más que transnacionales. En efecto, todo tiene un origen, pero nada puede ser reducido al mismo. ¿Por qué milagro de la genealogía, aquéllos mismos que rechazan el etnicismo de los orígenes, remiten las creaciones sociales a sus orígenes culturales? Que comprenda quien lo pueda hacer.

Si la diferencia cultural o el respeto del “otro” justifican que las culturas extra-occidentales rechacen los derechos del hombre por razones culturales o religiosas, ¿entonces por qué esas culturas no rechazan la física nuclear, que es una actividad históricamente occidental en sus orígenes?

Como se comprenderá, la física nuclear no es más occidental que los derechos del hombre. ¿Debería reservarse la utilización de la imprenta a los chinos?

⁴ *White, angosaxon and protestant*, es decir: blanca, anglosajona y protestante.

Constatar que toda institución es el resultado de una invención no significa que una invención aparezca *ex nihilo*. El tema intelectual, ya ordinario, de *la invención* no cesa de jugar sobre el hecho de que las creaciones históricas son artificiales, cambiantes y objeto de discursos legitimantes. Pero uno se pregunta: ¿qué no lo ha sido a lo largo de la historia? Las naciones han sido inventadas y, desde luego, los relatos, los mitos fundadores las han creado y recreado. ¿Acaso la democracia y el capitalismo no han sido inventados? Por consiguiente: sea que “la invención” es una banalidad y es necesario comprenderla en el sentido de una creación social e histórica –en el sentido de Castoriadis–. No se crea a partir de la nada, pero se imagina y se organiza lo nuevo. O sea que el significado de la palabra “invención” es un “fraude”, un “engaño”. Pero en este último caso toda falsificación debe probarse. ¿Acaso la existencia de Bélgica no es exactamente el mismo tipo de ficción que la Donación de Constantino?

Por lo tanto, ¿por qué sustraer a la religión en caso de deconstrucción? Existe a este respecto una timidez frecuente e inexplicada en los deconstruccionistas. Admitamos que invención significa creación a un momento histórico determinado, deviniendo posteriormente ficción cultivada. Sin embargo, la ficción forma parte de la realidad. Una bola de cañón causa a menudo menos muertes que una idea, remarcaba Joubert. El imaginario y lo simbólico son inevitables en los fenómenos sociales. Permiten denominar el cambio entre tradición e innovación, de situarlo en su historia, no de manera determinada ni providencial, sino abierta. En fin, en otro registro de la acción, ficción por ficción, preferimos la de Churchill a la de Hitler. Todos los ideales humanos crean horizontes en parte ficticios. De hecho, el horizonte no es más que un límite ficticio dependiente de una relación determinada entre un referencial y un sujeto en movimiento.

Hemos llegado así a la arena de las *ideologías* contemporáneas. Dos peligros o dos utopías asimétricas llenan los periódicos, los pensamientos no expresados, las modas: el mestizaje universal y la limpieza étnica. Estos dos “ideales” traducen una preocupación por lo étnico. En este pozo sin fondo de paredes utópicas, la nación cristaliza los resentimientos. Los de los nacionalistas son bien conocidos. Pero los de los antinacionalistas merecen también una mención, dado que el resentimiento es más sutil: consiste en creer que el interlocutor es bueno porque

está denunciando un mal. Desgraciadamente, el hecho de que un proyecto sea posnacional no le confiere, por simple declaración, una virtud incuestionable. Encontramos ahí el moralismo que denuncia, la moral que actúa o cree actuar. Ejemplo de las incoherencias de esta tendencia moral: a la nación que acoge se le reprochará que no integra. Pero, considerando que esta idea es altamente sospechosa e intolerante, al mismo tiempo se señala que la mayoría de las integraciones constatadas no respetan las diferencias dignas de ser preservadas. El ejercicio de equibrista se convierte así en algo muy difícil de lograr. ¿El tema posnacional proporciona realmente la respuesta a la interrogante siguiente?: en nuestros días, al menos de manera provisoria, si la nación ya no es legítima, ¿a qué entidad integrarse?, ¿cómo integrar un individuo o un grupo en el marco de una solidaridad y de una política nacional si, al mismo tiempo, se procede a la deconstrucción de ese marco de referencia, proclamando que está intelectualmente superado?

Esta deconstrucción en frío o en caliente, bajo anestesia o sin ella, es un poco digna de risa, bastante superflua y, sobre todo, contraproducente para todas las formas no nacionales. El tema posnacional, siendo puramente factual, se limitará a constatar la desaparición de las naciones. Si es normativo, se puede temer que, procediendo por deconstrucción más que por construcción, por un rodeo más que por ajuste, termine por producir efectos inversos de los que desean sus partidarios y, más generalmente, todos los que rechazan el nacionalismo.

20

Contrariamente, todos los ejemplos confederativos demuestran que los dos niveles –nacional y confederado– se refuerzan mutuamente y que, como en un edificio, no es necesario destruir la planta baja para construir un piso más arriba. Lo inverso sería incluso más probable. Los Estados no han perdido toda significación después de haberse formado la federación de los Estados Unidos de América. En Suiza, el patriotismo se duplica: la bandera de la confederación se codea en todos lados con la del cantón correspondiente.

No se puede armar un rompecabezas sin considerar atentamente sus piezas, sin manejarlas con precaución. La pieza no desaparece en el rompecabezas, sino que adquiere un segundo significado. Desde luego, siempre se podría volver de nuevo a lo arbitrario del reparto inicial y señalarlo en acusador. Sin embargo, ¿ésta es la manera correcta de hacerlo?

Europa unificada y diversificada en una nueva entidad no es una utopía. Es, si no una necesidad, por lo menos una posibilidad. Pero Europa concentrada sobre lo posnacional más que sobre lo plurinacional es probablemente una utopía a mediano plazo. Aparte de una falta de realismo y de eficacia, podemos detectar en esta visión un resto de arrogancia. La arrogancia sabe cubrirse de modestia. Tenemos la impresión que este sueño no logra colocarse en el lugar correcto entre modestia y arrogancia. Atormentada por la vergüenza de su pasado reciente, Europa permanece consumida por el afán de dar el ejemplo. Se podría imaginar una Europa que se esfuerza por hacer bien las cosas deseando que, en la hipótesis de lograr el éxito, su ejemplo hablara por sí mismo. Al contrario, se asiste a un asalto de virtudes, de uso interno y externo. El *softpower* se ha convertido en el nuevo modelo. ¿Por qué querer asombrar al mundo una vez más?

Emprender una pacífica revolución mental contra el relativismo y la deconstrucción parece ser la condición inicial de toda verdadera oportunidad de federar una entidad política como Europa. Pero tal vez ciertos posmodernos, ¿desearían servirse, sin verdaderamente quererlo, de un principio posnacional como si fuera un arma, más que como una herramienta? 🐦

BIBLIOGRAFÍA

- Berlin, Isaiah (1976), *Vico and Herder*, Londres: The Hogarth Press.
- Delannoi, Gil (1999), *Sociologie de la nation*, París: Armand Colin.
- _____ (2008a), “La concurrence des identités”, en *Les Cahiers Français*, núm. 342, enero-febrero, pp. 22-26, París: Administrative Centrale.
- _____ (2008b), “Nation et démocratie: coïncidence durable ou cohabitation provisoire?”, en *Raison Présente*, núm. 166, pp.83-92, París: Editions Rationalistes.
- Delannoi, Gil y Pierre-André Taguieff (1991), *Théories du nationalisme*, París: Kimé. [Hay traducción castellana: *Teorías del nacionalismo*, Barcelona: Paidós, 1993].
- _____ (2001), *Nationalismes en perspective*, París: Berg International.
- Dieckhoff, Alain (Ed.) (2004), *The Politics of Belonging*: Lexington Books.
- Dumont, Louis (1983), *Essais sur l'individualisme*, París, Le Seuil.
- Eisenstadt, Shmuel y Stein Rokkan (1973-1974), *Building states and nations*, Londres: Sage.
- Gellner, Ernest (1994), *Encounters with nationalism*, Oxford: Blackwell.
- Giddens, Anthony (1991), *Modernity and self-identity*, Polity Press.
- Haupt, Georges, Michael Löwy y Claudie Weill (1974), *Les marxistes et la question nationale*, París: Maspéro.
- Hayes, Carlton J. H. (1960), *Nationalism: a religion*, New-York: Macmillan.
- Hroch, Miroslav (1985), *Social preconditions of national revival in Europe*, Cambridge: Cambridge University Press.

- Morin, Edgar (1994), *Sociologie*, Paris: Fayard.
- Renan, Ernest (1996), *Qu'est-ce qu'une nation? et autres écrits politiques*, Paris: Imprimerie Nationale.
- Simmel, Georg (1989), *Philosophie de la modernité*, Paris: Payot.
- Smith, Anthony (1986), *The ethnic origin of nations*, Oxford: Basil Blackwell.
- Tilly, Charles (Dir.) (1975), *The formation of national States in Western Europe*, Princeton, N. J.: Princeton University Press.
- Valéry, Paul (1928), "De l'histoire", en *Regards sur le monde actuel*, Bibliothèque de la Pléiade, Paris: Gallimard.
- Voltaire (1990), *Essai sur les moeurs et sur l'esprit des nations* (1756), Classiques Garnier, Paris: Bordas.

Recibido: julio de 2008
Aceptado: febrero de 2009